

Reflexiones en torno a la identidad y la resistencia: el estar en la tensión entre la subjetivación y la desubjetivación en Michel Foucault.

Luis Félix Blengino, Violeta Larralde.

Cita:

Luis Félix Blengino, Violeta Larralde (2007). *Reflexiones en torno a la identidad y la resistencia: el estar en la tensión entre la subjetivación y la desubjetivación en Michel Foucault*. VII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-106/439>

Reflexiones en torno a la identidad y la resistencia: el estar en la tensión entre la subjetivación y la desubjetivación en Michel Foucault

Luis Félix Blengino, Violeta Larralde

CONICET, Facultad de Ciencias Sociales (UBA)

lblengino@hotmail.com

violelarralde@hotmail.com

INTRODUCCIÓN:

Como señala el título en este trabajo pretendemos hacer algunas reflexiones que tienen un carácter exploratorio de cuestiones sumamente complejas. En el marco de la reflexión foucaultiana sobre la biopolítica y la producción de subjetividad la identidad presenta un carácter ambiguamente problemático pues no puede dejar de tenerse en cuenta que, dado que no hay más allá del poder, la misma debe constituirse siempre en la tensión interna a las relaciones de poder. Así, frente a los dispositivos de producción de subjetividad siempre hay resistencias (como su necesaria contracara) que si adoptan la forma de la ontología crítica del presente constituirán un reflujo de desubjetivación tendiente a la disolución de la subjetividad que hemos llegado a ser. Sin embargo, en tanto que el franqueamiento posible de aquello que somos no puede consistir en el hecho de atravesar los límites trazados por el poder para acceder finalmente a lo otro del mismo donde reinaría la libertad - libertad que sería identificada con la desaparición de las sujeciones y por ello de los sujetos y sus identidades en tanto que modos de subjetivación- la relación bipolar entre subjetivación y desubjetivación puede comprenderse en los mismos términos que la relación entre poder y resistencia, es decir postulando su inseparabilidad y su constante y necesario estar en tensión.

Por lo tanto, pretendemos sugerir como línea de lectura que las prácticas de desubjetivación no pueden nunca más que desembocar en otras nuevas prácticas de subjetivación que implicarán a su vez nuevos modos de resistencia. Así, la lucha contra identidades preconstituidas no puede ser una lucha abstracta contra todos y cualquier modo de identificación y de creación de identidad en busca de lo innominado sino antes bien contra las *formas* de constitución de esas identidades para construir *nuevas formas* siempre contingentes y estratégicas de identificación, del mismo modo en que la resistencia se ejerce contra ciertos modos del gobierno del sí mismo y no contra el gobierno en sí mismo.

1. BIO- PODER

Según el diagnóstico foucaultiano, desde fines del siglo XVIII asistimos a una configuración triangular de lo político cuyos vértices constitutivos son la soberanía, la disciplina y el gobierno (Foucault 2006: 23). El rasgo particular de

cada sociedad estaría dado por la relación que establecen entre sí estos tres mecanismos constitutivos de la organización del poder en occidente. Así, en las sociedades actuales el tono a las relaciones de poder se lo daría el rol dominante que ejerce en este triángulo el gobierno biopolítico, por lo que deberíamos llamar a la nuestra, una sociedad de seguridad. Foucault señala que las relaciones de poder lejos de ser meramente negativas o represivas tienen un carácter positivo o productor: no reprimen una realidad previa a su acción sino que configuran un campo para la disposición de lo real. Por esto, el autor se refiere a las relaciones de poder con la categoría gubernamentalidad en tanto que conducta a través de la que uno intenta dirigir la conducta del otro delimitando el campo de su acción posible. En este sentido, el poder consiste en relaciones entre sujetos actuantes que pretenden influir en la conducta de otros actores en tanto que actuantes. Así, la relación de poder se configura como una relación esencialmente móvil y en principio reversible, en la que se tejen estrategias que suponen la libertad de los actores. Por esto, las relaciones de poder necesariamente requieren resistencias a las mismas. Como señala Foucault en *La Voluntad de Saber* “donde hay poder hay resistencia, y no obstante (o mejor: por lo mismo), ésta nunca está en posición de exterioridad respecto del poder. [Las relaciones de poder] no pueden existir más que en función de una multiplicidad de puntos de resistencia: éstos desempeñan, en las relaciones de poder el papel de adversario, de blanco, de apoyo, de saliente para una aprehensión” (Foucault 1976a:116)

Así, el carácter necesario y fundamental del concepto ‘resistencia’ está dado debido a que hay relaciones de poder sí y sólo sí hay focos de resistencia. Asimismo, las relaciones de poder suponen siempre la libertad de los sujetos puesto que de lo contrario se estaría frente a relaciones de dominación, las cuales tendrían un carácter de determinación física,¹ pues como señala Foucault “La libertad puede aparecer como la condición para el ejercicio del poder (y al mismo tiempo como su precondition, dado que la libertad debe existir para que se ejerza, y también como su soporte permanente, dado que sin la posibilidad de la resistencia, el poder sería equivalente a la determinación física)” (Foucault, 1982a: 254).

Según lo expuesto podemos sostener que este análisis foucaultiano del gobierno se asienta sobre el eje poder-producción-resistencia-libertad. Si esto es así, nuestro estudio de los modos de subjetivación e identificación deberá realizarse en el marco de este eje categorial. Para ello debemos precisar el concepto clave que lo atraviesa: el de sujeto. Por una parte, los sujetos individuales son siempre sujetos sujetos, por un lado a los otros y por otro a sí mismos. La relación con los otros es inescindible de la relación consigo mismo y viceversa. El sujeto está sujeto a su propia identidad por diferentes prácticas de subjetivación y mediante esa identidad está sujeto a los otros. Asimismo, llega a ser sujeto de sus propias prácticas a través de la mediación de prácticas sociales que lo producen y controlan. De ahí la íntima relación entre gobierno de sí y gobierno de los otros. De ahí también, las diferentes estrategias de resistencia y las prácticas de libertad que resultan en la reproducción o en la creación de identidad pero en las cuales siempre se halla presente la alteridad como condición de posibilidad.² Por otra parte, el sujeto colectivo o específico -la población- aparece como el correlato de un dispositivo

de seguridad que interviene en el campo de acción de las multiplicidades individuales para mantener sus relaciones dentro de parámetros considerados normales, es decir no peligrosos y útiles.

En este contexto, para comprender cómo se organizan las resistencias y las prácticas de libertad se hace necesario entender cómo se constituyen los modos de funcionamiento del poder en las sociedades actuales. Foucault señala que “el establecimiento, durante la edad clásica, de esa gran tecnología de doble faz –anatómica y biológica, individualizante y especificante, vuelta hacia las realizaciones del cuerpo y atenta a los procesos de la vida- caracteriza un poder cuya más alta función no es ya matar sino invadir la vida enteramente. [...] Se inicia así la era de un “bio-poder”.” (Foucault 1976a: 169) El bio-poder se caracteriza por su organización en torno a la vida, no sólo para su conservación sino sobre todo para su gobierno, su disposición y su reproducción controlada teniendo por finalidad el hacer vivir y el cómo hacer vivir. Las dos direcciones en las cuales éste se desarrolla son la disciplina y la biopolítica.

Mientras que la disciplina persigue la normación de los cuerpos individuales y sus conductas la biopolítica busca la normalización del cuerpo colectivo. La diferencia fundamental entre las categorías de normación y normalización puede resumirse señalando el carácter previo de la norma respecto de lo normal en los mecanismos disciplinarios y el carácter derivado de aquella respecto de lo considerado normal en la biopolítica (Foucault 1978a: 83-84). Ambos mecanismos se orientan en el marco de una preocupación gubernamental específica que es el gobierno de las multiplicidades con el fin de constituir un sujeto individual y un sujeto colectivo objeto de una tecnología de poder a la vez individualizante y totalizadora. Asimismo las resistencias deberán organizarse en torno a ambas direcciones: la individual y la colectiva.

2. RESISTENCIAS

Foucault señala que por resistencia no puede comprenderse sólo una categoría negativa, de mera oposición al poder, sino que también se la debe concebir en su positividad, en tanto que capaz de fundar nuevas relaciones de poder. Sin embargo, que la categoría albergue en su interior una polaridad negativo/positivo y activo/pasivo, no significa que en todos los casos en que se aplica aparezcan ambos aspectos, sino que antes bien sucede lo contrario. Las resistencias comportan una actividad y es ésta la que condiciona el cambio en los dispositivos de poder. Asimismo, es el carácter doble de la resistencia en tanto actividad el que posibilita pensar este cambio. De este modo, el cambio en los dispositivos se ve forzado debido a cierta resistencia activa que obliga a los dispositivos a acomodarse a eso que resiste en la misma medida en que lo que se resiste no se acomoda al mandato de los mismos. Ahora bien, debemos comprender que en este marco conceptual el cambio no debe interpretarse únicamente como desactivación o destrucción de los dispositivos sino también como expansión modificada de estos. Así, la simple contraposición a las normas no implica su destrucción, antes bien suele implicar su perfeccionamiento, fortalecimiento y extensión.

Siguiendo a David Couzens Hoy deberíamos distinguir entre resistencias que permiten la expansión de las relaciones de poder -que lejos de debilitarlas resultan los puntos a partir de los cuales éstas se afianzan- y resistencias que rompen con estos dispositivos. Hoy distingue estos dos modos indicando que el primero es un caso de co-optación de la resistencia por las fuerzas de normalización y el segundo es una resistencia efectiva. La diferencia reside en que hay modos o puntos de resistencia al servicio de la expansión y fortalecimiento de las relaciones de poder -como sería el caso de los discursos que apelan a la liberación sexual en contra de la represión de una verdad oculta por la moral burguesa-, discursos que quedan atrapados en el dispositivo que pretenden combatir. No obstante también hay modos de resistencia que según Hoy consisten en “jugar el mismo juego de una manera diferente” (Hoy 2005: 84, la trad. es nuestra). Lo que es en definitiva jugar otro juego.

A partir de lo sostenido hasta aquí cabe analizar tres ideas fundamentales de la teoría foucaultiana para comprender los procesos identitarios entre la subjetivación y la desubjetivación. Ellas son por un lado, la concepción foucaultiana relativa al afuera del poder, por otro, el concepto de ontología del presente y por último, el concepto clave en la teoría de la resistencia foucaultiana, el de ‘contraconducta’.

Omnipresencia del poder

Son múltiples las afirmaciones en las que Foucault señala por un lado la omnipresencia de las relaciones de poder y por otro el carácter esencialmente no malvado de las mismas. Por lo tanto, no habría ni afuera del poder ni el poder sería un mal en sí mismo. Sólo una concepción del poder en términos represivos podría sugerir que es posible y deseable escapar y liberarse de sus mecanismos con el fin de entrar finalmente en el reino de la libertad.

Foucault en este respecto señala exactamente lo contrario al sostener que la liberación definitiva es imposible y que las prácticas de libertad sólo son el correlato de determinados dispositivos de poder. Es decir, que si pretendemos mantenernos en el eje poder-producción-resistencia-libertad debemos descartar la idea de liberación para pensar la imposibilidad de un afuera del poder y por eso postular que las prácticas de libertad siempre aparecen recortadas en el espacio delimitado por diferentes dispositivos. En este sentido, Foucault señala que “el poder está ‘siempre ahí’, que no se está nunca ‘fuera’, que no hay ‘márgenes’ para la pirueta de los que se sitúan en ruptura con él. Pero esto no significa que sea necesario admitir una forma inabarcable de dominación o un privilegio absoluto de la ley. Que no se pueda estar ‘fuera del poder’ no quiere decir que se está de todas formas atrapado”. (Foucault 1977: 181). Por el contrario significa justamente que hay libertad, que hay posibilidades de resistencia, dado que poder y resistencia son dos términos lógicamente inseparables.

Por otro lado, cabe destacar que sólo aspiraría a escapar del poder aquella vertiente político-filosófica que considere a éste un mal en sentido absoluto. Sin

embargo, respecto de esto Foucault también es contundente: “Yo no digo que el poder, por naturaleza, sea un mal; digo que el poder, por sus mecanismos, es infinito”. (Foucault 1979: 206).

Por lo tanto, en la teoría política foucaultiana resistir no es una acción contra *El* poder (en tanto que mal) para acceder a un afuera donde hallar la libertad sino contra ciertas organizaciones -histórica y espacialmente situadas- del poder, es decir del gobierno de los otros y de sí.

Ontología del presente

El poder comprendido a partir de la categoría de gobierno, como hemos señalado, debe entenderse como el intento de conducir conductas. En este sentido puede ejercerse tanto sobre los otros (gobierno de los otros) como sobre sí mismo (gobierno de sí) y es por esto que tanto las estrategias de resistencia como “los modos de objetivación-subjetivación se sitúan en el cruce de estos dos ejes” (Castro, 2004: 151). En consonancia con esto una de las definiciones de gubernamentalidad dadas por Foucault señala “la confluencia entre las técnicas de dominación ejercidas sobre los otros y las técnicas de sí mismo” (Foucault, 1982b: 445). De aquí, la ‘resistencia’ entendida como el conjunto de luchas que cuestionan el estatus del individuo. Luchas que en lugar de ser en contra o a favor del individuo son contra el modo de gobernar las individualizaciones, contra el régimen de saber y poder que permite su constitución como tal, “contra lo que liga al individuo a sí mismo y lo somete a otros en esta forma (lucha contra la sujeción, contra las formas de subjetividad y de sumisión)” (Foucault, 1982a: 245). En este sentido, si las relaciones de poder producen individualidades que ligan a los sujetos a sí mismos a través de determinadas relaciones de identidad de sí consigo para someterlos a los otros también las resistencias deberán buscarse en este punto en que uno se relaciona con uno mismo a través de las prácticas subjetivación. Por esto, Foucault afirma que “no hay otro punto, primero y último, de resistencia al poder político que en la relación de sí consigo” (Foucault, 1982c: 246).

Por lo tanto, resulta clave comprender el trabajo de Foucault como una ontología histórica del presente, es decir como un análisis de aquello que hemos llegado a ser. Esta ontología tiene una doble funcionalidad: por una parte permite llevar a cabo la ontología crítica de nosotros mismos en tanto que seres libres y por otra es la condición de una puesta a prueba de los límites que se pueden transgredir (Foucault, 1984c: 349). En consecuencia, si las relaciones de poder encuentran su primer anclaje en la relación que uno establece consigo mismo, es decir en el modo de subjetivación e identificación, entonces deberá ser en esa relación que habrá que buscar los modos de resistencia ética y política a ese poder.

En este punto debe señalarse la relación establecida por Foucault entre ética (la relación de uno consigo mismo) y libertad: “la libertad es la condición ontológica de la ética; pero la ética es la forma reflexiva que adopta la libertad” (Foucault, 1984b: 98). En esta definición la reflexividad debe ser entendida en su doble sentido: es el modo en que el sujeto vuelve sobre sí mismo y ejerce un tipo de poder sobre el sí mismo, a la vez implica una determinada relación

de saber –una relación crítica respecto de lo que dio lugar a la formación de esa subjetividad que vuelve sobre sí en ese acto reflexivo-. En este acto reflexivo que implica tanto el ejercicio de un poder como una práctica de saber debemos buscar el nexo entre la subjetivación y la desubjetivación, entre la resistencia y la identidad pues implica tanto la reflexión respecto de lo que hemos llegado a ser cuanto una acción transgresora respecto de los límites de eso que hemos llegado a ser.

Contraconductas

Una posible clave para comprender este nexo creemos que puede encontrarse en *Seguridad, Territorio, Población* donde Foucault analiza en detalle ciertos modos de resistencia al poder gubernamental, es decir aquel que intenta conducir las conductas. El término conducta admite dos acepciones: por un lado remite a la actividad de conducir, a la conducción, y por otro a la de conducirse o dejar conducirse (Foucault 1978a:223). Por un lado el modo de la conducción, es decir el modo en que se ejerce el gobierno de los otros o el poder político, por otro la manera en que uno se conduce a sí mismo bajo esta dirección, es decir la dimensión ética –la de la relación de sí consigo- en la cual cabe, en ciertos casos, hablar de resistencia, pues en ella aparece “el modo de comportarse bajo el efecto de una conducta que sería acto de conducta o de conducción” (Foucault 1978a: 223) es decir, tanto la posibilidad de dejarse conducir como la de rechazar esta opción para conducirse a sí mismo: ser gobernado o gobernarse. De este modo, la noción es sumamente adecuada para reflejar la relación entre el poder y la resistencia entendida ésta en su doble dimensión constitutiva. Con el fin de captar esta doble dimensión Foucault propone el término contraconducta por dos motivos: por un lado, remite al sentido activo de la palabra conducta y por otro, permite evitar una sustantivación. El primero de los motivos apunta en dirección al sentido del término como “lucha contra los procedimientos puestos en práctica para conducir a los otros” (Foucault 1978a: 238) en oposición a ‘inconducta’ que remite a un sentido pasivo del concepto en tanto que mienta sólo el no conducirse como es debido. El segundo de los motivos consiste en que el término ‘contraconducta’ no permite una fácil sustantivación, al contrario del concepto de ‘disidencia’ que acepta casi con inmediatez la sustantivación que convierte a quien hace disidencia en disidente, permitiendo sacralizar a un loco o a un delincuente como si fueran disidentes (Foucault 1978a: 238). Encontramos nuevamente la doble dimensión del concepto de resistencia. Por un lado un sentido activo en contraposición del meramente pasivo, por otro un sentido que marca una clara diferencia entre cierta negatividad o punto de apoyo del poder y cierta positividad o posibilidad de invertir las relaciones de poder. Por esto mismo, constituyen una contraconducta tanto la del delincuente o la del loco como la del místico y el asceta. La diferencia reside en que las primeras serían los puntos de apoyo a partir de los cuales el poder logra extenderse y las segundas tendrían la aspiración de invertir o desactivar determinadas relaciones de poder.

El último sentido del término contraconducta, que se asimila al de resistencia efectiva de Hoy, es el que permite pensar las ‘contraconductas’ como movimientos que tienen a su vez como objetivo otra conducta y no

simplemente el rechazo de la que se les pretende imponer: “son además movimientos que procuran [...] escapar a la conducta de los otros y definir para cada uno la manera de conducirse” (Foucault, 1978a: 225). Es decir que no sólo son el reverso más o menos dócil de ciertos dispositivos sino que intentan cambiar las relaciones de poder, los modos del gobierno “siempre con un aspecto de búsqueda de otra conducta: ser conducido de otro modo, por otros hombres, hacia objetivos distintos” (Foucault 1978a: 234). Este sentido de la categoría ‘contraconducta’ es el que aportará la clave para comprender la identidad como un estar estratégicamente en la tensión entre subjetivación y desubjetivación.

3. PROCESOS IDENTITARIOS

En general puede sostenerse que la producción de identidades colectivas en marco de la biopolítica tiene el fin de tornar gobernables a las multiplicidades que constituyen cierto conjunto de individualidades mediante la producción de modos de vida normalizados. Sin embargo, creemos que el problema consiste en la normalización antes que en la producción misma de identidad. Pues si a todo poder corresponden posibilidades de resistencias es en estos mismos procesos de creación de identidades en los que surgen los modos de apropiación de dichas identidades dándoles otro sentido y constituyéndolas en medios estratégicos para la resistencia y el reconocimiento jurídico y social. No obstante, podría aún objetarse que la producción de identidades colectivas siempre conlleva cierto grado de coacción y normalización hacia el interior del colectivo siendo indiferente si éstas se constituyen como extensiones del poder o como resistencias al mismo. En este punto creemos que se sitúa el núcleo de la relación entre política y ética pues la acción política de aquellos grupos que pretenden ser reconocidos como subjetividades legítimas y como sujetos de derecho debe estratégicamente recurrir a la creación de determinadas identidades colectivas que nucleen su accionar político. Es cierto que como señalan Heller y Fehér dichas identidades tienden a generar procesos de autoclausura hostiles hacia la diferencia con el fin de “Fortalece[r] la cohesión interna del grupo. Hace que los iniciados se vuelvan sordos a los argumentos de los que pertenecen al grupo exterior. Con cierto adiestramiento, convierte a los miembros activos de un grupo concreto en maleables marionetas en manos de los *gurus*, y al mismo tiempo en agresivas tropas de asalto contra el grupo exterior” (Heller y Fehér 1995: 32) En esta cita encontramos tipificado el doble riesgo que conllevan los procesos identitarios: intolerancia hacia el exterior y disciplinamiento hacia el interior de los grupos. De este modo la acción política colectiva conlleva modos de subjetivación tendientes al disciplinamiento de los sujetos produciendo determinada relación de sí consigo (considerada como la adecuada) que tiene como correlato determinadas relaciones con los otros (de posible intolerancia).

Frente a estos peligros que conllevan los procesos de producción de identidades creemos que se plantea el problema de pensar la resistencia en el plano ético y en el político.

En esta perspectiva aparece como problema la relación entre guerra y gobierno y la noción de estrategia frente a lo que se determina como un peligro en un contexto determinado. Así, por un lado si seguimos la sugerencia de Foucault respecto de la inversión de la proposición de Clausewitz y afirmamos que “la política es la continuación de la guerra por otros medios” (Foucault 1976b: 28) se ve la necesidad por un lado de la producción de identidades para jugar el juego de la política y por otro la de la creación estratégica de las mismas teniendo en cuenta el peligro mayor a la hora de pensar la resistencia. Por un lado, siendo toda identidad doblemente peligrosa deberá asumirse el riesgo de forjar ciertas identidades para librar luchas de resistencias frente a lo que se considera un peligro mayor. El concepto de crítica juega en este punto un rol importante al señalar cierta distancia estratégica que lleva a los sujetos a formarse a sí mismos al interior de un colectivo, suponiendo la necesidad de creación de identidades colectivas con el fin de ser reconocida la legitimidad de sus luchas en el plano social y político. La actitud crítica, entendida en este sentido, como ya hemos sugerido³, tiene una doble función: la desobjetivación y la objetivación, la crítica de la identidad y la creación de una identidad.

Por un lado, en tanto que puesta a prueba de los límites que se pueden transgredir su objetivo es la desobjetivación en el marco de una política de la verdad que liga al sujeto a su propia identidad. Así ocurre con la crítica de la producción de identidades legítimas en tanto que pertenecientes a determinado género considerado como norma, crítica consistente en no aceptar como dado naturalmente, el ser designado como subjetividad legítima sólo al caer bajo una categoría genérica producida y legitimada por mecanismos de saber-poder históricamente situados. Por otro lado, en la medida en que la actitud crítica implica “el trabajo de nosotros mismos sobre nosotros mismos en nuestra condición de seres libres” (Foucault 1984c:349), es decir, la creación del sí mismo remite a la objetivación, al volverse el sujeto de las propias prácticas, al gobierno del sí mismo. Ahora bien, debe señalarse como un dato no superfluo que la referencia al trabajo de uno sobre sí mismo sea hecha en la primera persona del plural. Si bien es cierto que la pertenencia a un nosotros implica cierta disciplina ésta puede tener un rasgo no normalizador y la adopción de determinada identidad para entrar en el juego de las fuerzas en política puede ser sólo estratégica y constituirse en la difícil relación de tensión entre la desobjetivación y la objetivación, entre la aspiración ética como práctica de la libertad y la acción policia como condición de posibilidad para hacer efectiva una cierta forma de creación de sí. Pues al afirmar la actitud crítica como condición de la creación de sí lo que se debe enfatizar no es sólo el carácter de negación que ésta implica sino el de producción que convierte al sujeto en su propio artífice. El concepto ‘creación de sí’ en tanto que trasgresión no debe ser entendido ni como sinónimo de producción de diferencia ni como antónimo de identidad. ‘Creación de sí’, siguiendo nuestra línea interpretativa significa sobre todo gobierno de sí, es decir devenir el sujeto de las propias prácticas éticas y políticas a partir de haber realizado un trabajo de crítica respecto de cómo hemos llegado a ser eso que somos con el fin de ser aquello que podemos y queremos ser. Por eso Foucault, a pesar de su decisión ético-estética a favor de la diferencia dice lo siguiente: “Si la identidad no es más que un juego, [...] entonces es útil. [...] No debemos excluir la identidad si la gente encuentra su placer mediante el cauce de esta identidad, pero no hemos de

considerar esta identidad como una regla ética universal” (Foucault.1984a:421) El proceso de crítica que tiene como fin la desubjetivación, sin embargo, no puede consistir en un escape hacia el afuera del poder, o en una aspiración a la liberación de toda subjetivación pues si esto ocurre estaríamos fuera del paradigma propuesto por Foucault para pensar las relaciones de poder. La desubjetivación sólo es la condición para una nueva subjetivación mediada por un acto de distanciamiento crítico de la norma, en esto reside el carácter trasgresor de la crítica. Así como toda contraconducta efectiva sólo tiene sentido en la medida en que puede fundar nuevas conductas, la desubjetivación como trabajo crítico respecto de la producción de nuestra subjetividad normalizada sólo puede tener sentido si abre el juego a nuevos modos de subjetivación. La crítica de la identidad que ata a los sujetos a sí mismos y a los otros debe dar lugar a la creación de otro tipo de relación identitaria del sujeto consigo mismo que le permita establecer otro tipo de relaciones con los otros que pueden ser tanto de intolerancia (y esto siempre es un peligro potencial en la medida en que la política es guerra) como de reconocimiento. Es decir que las prácticas de desubjetivación deben abrir el juego a nuevas prácticas de subjetivación que en la medida en que se institucionalicen como identidades para llevar a cabo la lucha política, implicarán a su vez nuevos modos de resistencia ética hacia su interior que pretenderán nuevas prácticas de desujeción respecto de esa identidad con el fin de forjar otros modos del gobierno de sí y de los otros.

Así, las luchas contra identidades preconstituidas no pueden ser luchas abstractas contra todos y cualquier modo de creación de identidad en busca de un afuera de las sujeciones sino antes bien contra determinadas *formas* de constitución de esas identidades para construir *nuevas formas* siempre contingentes y estratégicas de identificación, del mismo modo en que la resistencia -en la medida en que no se puede aspirar al afuera, es decir a la liberación, y en tanto que resistencia efectiva- se ejerce contra ciertos modos del gobierno de sí mismo y no contra *el* gobierno. Por lo tanto, “no debemos simplemente defendernos, sino también afirmarnos, no sólo como identidad, sino también en tanto que fuerza creadora”. (Foucault. 1984:418)

BIBLIOGRAFÍA

Castro, E. (2004): El Vocabulario de Michel Foucault. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.

Castro, E. (2002): El espejo, instrumento de subjetivación. Conferencia pronunciada en la Asociación de Profesionales del Hospital “José T. Borda”. Inédito.

Foucault, M. (1984a): “Michel Foucault, una entrevista: sexo, poder y política de la identidad”, en *Estética, Ética y Hermenéutica*. Barcelona: Paidós, 1999: 417-429.

Foucault, M. (1984b): “La ética del cuidado de uno mismo como práctica de la libertad”, en *Hermenéutica del sujeto*. La Plata: Altamira, 1996: 93-125.

Foucault, M. (1984c): “¿Qué es la Ilustración?”, en *Estética, Ética y Hermenéutica*. Barcelona: Paidós, 1999: 335-352.

Foucault, M. (1982a): “El sujeto y el poder”, en Dreyfus, H. y Rabinow, P: *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2001: 241-259.

Foucault, M. (1982b): “Las técnicas de sí”, en *Estética, Ética y Hermenéutica*. Barcelona: Paidós, 1999: 443-474.

Foucault, M. (1982c) *La hermenéutica del sujeto*. México DF: Fondo de Cultura Económica, 2002.

Foucault, M. (1979): “¿Es inútil sublevarse?”, en *Estética, Ética y Hermenéutica*. Barcelona: Paidós, 1999: 203-207.

Foucault, M. (1978a): *Seguridad, Territorio, Población*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006.

Foucault, M. (1978b): “Crítica y *Aufklärung* [‘*Qu’est-ce que la Critique*’]”, en :

www.saber.ula.ve/db/ssaber/Edocs/centros_investigacion/csi/publicaciones/papers/davila-critica-aufklarung.pdf

Foucault, M. (1977): “Poderes y estrategias”, en *Microfísica del poder*. Madrid: La piqueta, 1992: 173-184.

Foucault, M. (1976a): *Historia de la Sexualidad I: la voluntad de saber*. México DF: Siglo Veintiuno editores, 2000.

Foucault, M. (1976b): *Defender la Sociedad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2000.

Heller, A. y Fehér, F. (1995) *Biopolítica: la modernidad y la liberación del cuerpo*. Barcelona: Península.

Hoy, D. (2005): *Critical Resistance: From Poststructuralism to Post-Critique*. Cambridge: The MIT Press.

¹ Para un análisis de la diferencia entre relaciones poder y dominación en Foucault remitimos a la ponencia de Luis Blengino, “Las categorías de ‘poder’ y ‘gubernamentalidad’ frente a las de ‘violencia’ y ‘dominación’ en la teoría política foucaultiana”, presentada en las *Cuartas Jornadas de Jóvenes Investigadores del Instituto de Investigaciones Gino Germani*, 2007.

² Un análisis sumamente erudito de este tema a partir de una perspectiva foucaultiana se encuentra en Edgardo Castro, “El espejo, instrumento de subjetivación”, conferencia pronunciada en la Asociación de Profesionales del Hospital ‘José T. Borda’ en octubre de 2002, inédito.

³ Supra p. 5.